

**CAYETANA
ÁLVAREZ DE TOLEDO**

A portrait of Cayetana Álvarez de Toledo, a woman with long, wavy blonde hair, wearing a dark blue blazer over a black top. She is looking directly at the camera with a neutral expression. The background is solid black.

**POLÍTICAMENTE
INDESEABLE**

El esperado libro de Cayetana Álvarez de Toledo.

«Solo cuando los políticos digamos en público lo mismo que afirmamos en privado, sólo cuando reconozcamos la degradación de nuestro oficio, sólo cuando nos veamos retratados en el implacable espejo de los hechos, sólo entonces seremos capaces de rescatar la democracia de las mandíbulas del populismo».

Políticamente indeseable es una mezcla de crónica sobre la decepción política, ensayo sobre las amenazas a la democracia y encantadores retazos de memoria familiar. En una época envilecida por el culto a los sentimientos, Cayetana Álvarez de Toledo, la política española más libre y brillante de su generación, se fija un objetivo insólito: la redención de su oficio a través de la razón y la verdad.

«Luché contra lo indeseable en la política hasta que me convirtieron en políticamente indeseable».

*A mi padre, que me emplazó
A mis hijas, a las que emplazo*

CYRANO

Que dites-vous?... C'est inutile?...

Je le sais!

Mais on ne se bat pas dans l'espoir
du succès!

Non! Non! c'est bien plus beau
lorsque c'est inutile!

Qu'est-ce que c'est tous ceux-là?

Vous êtes mille?

Ah! je vous reconnais, tous mes
vieux ennemis!

Le Mensonge?

[Il frappe de son épée le vide]:

Tiens, tiens! Ha! Ha! Les Compro-
mis!

Les Préjugés, les Lâchetés!...

[Il frappe]:

Que je pactise?

Jamais, jamais!

Ah! te voilà, toi, la Sottise!

Je sais bien qu'à la fin vous me
mettrez à bas;

N'importe: je me bats! je me bats!
je me bats!

*[Il fait des moulinets immenses et
s'arrête haletant]:*

Oui, vous m'arrachez tout, le lau-
rier et la rose!

Arrachez! Il y a malgré vous quel-
que chose

Que j'emporte, et ce soir, quand
j'entrerai chez Dieu,

Mon salut balaiera largement le
seuil bleu,

Quelque chose que sans un pli,
sans une tache,

J'emporte malgré vous,

[Il s'élançe l'épée haute]:

et c'est...

*[L'épée s'échappe de ses mains, il
chancelle, tombe dans les bras de
Le Bret et de Ragueneau].*

ROXANE *[se penchant sur lui et lui
baisant le front]:*

C'est?...

CYRANO *[rouvre les yeux, la recon-
naît et dit en souriant]:*

Mon panache.

EDMOND ROSTAND, *Cyrano de
Bergerac*, acto V, escena VI,
1897

DECLINACIÓN

Escribo desde el socavón. Sin amargura ni desaliento, incluso con esperanzas. Cualquier cosa menos dar la razón a los profetas del fracaso español. De un lado, las *tricoteuses*; del otro, las *plañideras*. Unas y otras adolecen de una fatal y simétrica arrogancia. La de creer que nuestra generación verá la destrucción definitiva de un viejo país ineficiente. La realidad es más prosaica. España se ha adentrado en el sombrío bosque de la decadencia. Nada nuevo, aunque el proceso pueda doler o durar. Pregúntenselo al conde-duque de Olivares. O a mi biografiado Juan de Palafox, un idealista, un justiciero, un fracasado. Las estanterías de mi casa están llenas de volúmenes sobre la declinación española, de mi etapa como investigadora del siglo XVII. «Declinación», qué palabra tan bella y exacta. En la historia de España el espíritu del 98, pesadumbre y nostalgia, es más la norma que la excepción. La principal y decisiva diferencia es que la presente crisis se proyecta sobre un orden político de una profunda envergadura moral. La Constitución de 1978 es la respuesta más equilibrada, justa y fértil jamás dada al principal problema español, que es también el principal problema de la modernidad política: «Cómo vivir juntos los distintos», en expresión ya clásica de Libres e Iguales, la plataforma cívica que un pequeño grupo de militantes de la democracia promovimos en 2014. El orden constitucional español está en riesgo. En grave riesgo. ¿Desde cuándo? Unos dirán que desde el primer minuto, por la ingenuidad del constituyente y la

deslealtad de los nacionalismos. Otros culparán a los sucesivos gobiernos, por su oportunismo y su cobardía. Otros más dirán que las élites abdicaron egoístamente de su responsabilidad. Los últimos acusarán al propio pueblo travestido en turba. Puedo coincidir con todos ellos. Como periodista y política, he vivido la declinación española, capítulo a capítulo. Sé hasta qué punto la mediocridad y el sectarismo han erosionado las instituciones. He visto a los medios de comunicación deslizarse por la pendiente de las *junk news* y a la sociedad entregarse al victimismo y la irracionalidad. Sobre todo, he vivido, en primera línea política, la convergencia de dos fenómenos letales: el Proceso nacido en Cataluña y la pandemia venida de China. Esa es la historia que cuenta este libro: la de mi experiencia como candidata por Barcelona y luego diputada y portavoz del Grupo Parlamentario Popular en un tiempo especialmente delicado para España. Durante un año y medio, entre marzo de 2019 y agosto de 2020, luché contra lo indeseable en la política hasta que me convirtieron en políticamente indeseable. Desde esa condición, la del hombre en la arena, que, con el rostro cubierto de sangre, sudor y polvo, políticamente derrotado, afirma: «Que por mí no quede», me reafirmo en mis esperanzas. España no es la excepción ni está condenada a ser un país dividido, declinante, mendicante, marginal. Sus problemas son homologables a los de muchas democracias del mundo. Después de la crisis vendrá la reconstrucción, el resurgimiento. La pregunta para la que no tengo respuesta, todavía, es quién pondrá orden. Pero sí sé que yo seguiré trabajando para que sea un orden liberal. El único deseable.

También por eso he escrito este libro. La política siempre ha intimado con la mentira, pero hoy directamente se hace contra la verdad, para deshacerla. Se lo dijo un día Antonio Fontán a un joven Alfredo Timermans, mi gran amigo: «La verdad, nunca a nadie; sólo a tu confesor y en caso de peligro de muerte». No recuerdo la última vez

que me puse de rodillas. Y de la muerte, qué decir. Sólo conozco la muerte política y la desafío como Cyrano de Bergerac, espada en alto. He decidido contar mi experiencia movida por una doble responsabilidad. La que contraí cuando voluntariamente decidí ser española y la que asumí cuando pedí a mis compatriotas el voto. A ellos me debo. En España faltan y fallan muchas cosas, es indiscutible. Pero quizá ninguna tanto como la transparencia. No en el sentido *voyeur* y vulgar del término –la cuenta corriente, la esfera íntima–, sino en el más modesto y radical. Sólo cuando los políticos digamos en público lo mismo que afirmamos en privado, sólo cuando reconozcamos la degradación de nuestro oficio, sólo cuando nos veamos retratados en el implacable espejo de los hechos, sólo entonces seremos capaces de rescatar la democracia de las sucias mandíbulas del populismo. A eso aspira este libro. Es un alegato contra la resignación.

IDENTIDAD

El 11 de marzo de 2019, después de acudir al acto anual en memoria de las víctimas de los atentados de Atocha, quedé en un pequeño café cerca de la Puerta de Alcalá con un dirigente joven y dotado de una de las virtudes que aparentemente mejor cotizan en la Bolsa política: la empatía. Sólo a la madrileña hubiéramos dicho uno del otro: «Somos amigos». Pero nos tratábamos desde hacía años y, sobre todo, como los animalitos, nos reconocíamos de la misma especie ideológica. Pablo Casado era la esperanza de los que habíamos abandonado el Partido Popular hartos de la pasividad de Mariano Rajoy ante el desafío separatista en Cataluña. Desde mi doble condición de militante no simpatizante del PP y periodista, había celebrado su victoria frente a Soraya Sáenz de Santamaría en el congreso del partido como un triunfo de las convicciones sobre el tacticismo, y ahora observaba, con expectación no exenta de alguna crítica, sus primeros pasos como líder de la Oposición.

Estaba meditando sobre mi primera experiencia en el PP, sobre la formidable oportunidad que las elecciones anticipadas por Pedro Sánchez ofrecían al centroderecha y sobre los posibles motivos de nuestra cita cuando vi llegar su coche, negro y raudo, por la calle de Villalar. En cuanto entró por la puerta, una ráfaga pulcra y trajeada, me di cuenta de que tenía prisa. La prisa del candidato. Se sentó y sin preámbulos me dijo: «Voy a sorprenderte». Me reí

para mis adentros: «Creeré que soy ingenua, je, je...». Pero me ganó.

—Cayetana, sé lo que opinas de los partidos y que tu primera experiencia en política no fue fácil ni feliz. Pero ahora todo será distinto. Yo no sólo respeto tu libertad, sino que te pido que la ejerzas. Quiero que traigas el espíritu de Libres e Iguales al PP. Que des la batalla ideológica y cultural a la izquierda y el nacionalismo, ahora en nombre de mi partido, que es el tuyo. Incluso que me critiques, abiertamente, si lo consideras necesario. Por favor, piénsatelo: ¿quieres ser la número 1 de la lista por Barcelona?

El corazón me dio un triple vuelco. ¿Libertad en el PP? ¿Batalla cultural? ¿Barcelona? ¡¿Barcelona?! ¡Barcelona! Qué absoluta genialidad. No se me hubiera ocurrido jamás y, sin embargo, era la única oferta que no podía rechazar. Lo tenía todo para una persona de mis ideales y mi arrogancia. Era coherente con años de combate político y cívico contra el separatismo. Era volver al PP por la puerta grande de la misma causa por la que me había ido. Era en sí mismo un hito en la batalla cultural contra el marco absurdamente asumido por los constitucionalistas. Una ruptura, incluso física, del perímetro político y moral impuesto por el nacionalismo: una madrileña presentándose por una provincia catalana en unas elecciones generales. Es decir, una española presentándose por una provincia española en unas elecciones españolas. Y, sobre todo, era difícil. Jodida y maravillosamente difícil. Me quedé sin palabras. Balbuceé algo como que me lo pensaría, seriamente me lo pensaría. Casado me advirtió: «Tenemos muy poco tiempo, hasta el viernes». Era lunes y nos despedimos.

Los siguientes cuatro días transcurrieron bajo un fuego de llamadas cruzadas. Mi principal inquietud eran las consecuencias para mis hijas Cayetana y Flavia, entonces de nueve y siete años, de trasladarme a Barcelona, aunque

fuese de forma temporal o esporádica, y en una de mis conversaciones con Pablo se lo comenté. Para que no me desanimara, y probablemente porque le habían fallado mejores opciones como Manuel Pizarro o María San Gil, me ofreció el número 2 de la lista por Madrid. «¡Acepta!», me urgió Pilar Marcos, vieja amiga de cuando éramos periodistas, una de las cuatro personas con las que compartí mi secreto y a partir de ese momento mi colaboradora más fiel. «Será mucho menos complicado que Barcelona y es un puesto de honor: número 2 por Madrid es número 2 por España». Ya. Pero ¿qué será el prestigio sin la épica?

Para mí el dilema nunca fue Barcelona o Madrid, sino algo mucho más grave. La vuelta a la política significaba el abandono del periodismo. Y ya no del periodismo de opinión, tan cómodo y chic, ni de las entrevistas a referentes intelectuales como Steven Pinker o Ayaan Hirsi Ali, tan estimulante y *cool*, sino de la crónica caliente sobre el terreno. Acababa de regresar de dos viajes a Venezuela como corresponsal de *El Mundo*. Había acompañado a Juan Guaidó en una angustiada carrera por Caracas para impedir que los sicarios de Maduro secuestraran a su bebé de dos años. Había entrevistado clandestinamente a Leopoldo López en su casa, mientras la sombra de un noble Samán se disolvía en la noche y los guardias del Servicio Bolivariano de Inteligencia lustraban sus fusiles con papel de periódico. Había difundido los testimonios de diputados torturados, estudiantes violadas y ancianos con hambre y sin fe. Me había quedado sola, literalmente, en el imponente puente de Cúcuta, escribiendo sobre el fracaso de la operación para romper el cerco del régimen y llevar ayuda humanitaria de Colombia a Venezuela. Indignada ante las vacilaciones de los líderes políticos que encabezaban la operación, incluso me había sumado al intento de un grupo de estudiantes por cruzar la frontera por otro puente, una ratonera, una locura. Allí había visto caer a jóvenes heridos de bala a mi lado, había sentido el ardor del

gas lacrimógeno en los ojos y escrito crónicas de una guerra perdida. Había conocido una nueva forma de hacer periodismo político y lo hacía bien. ¿Dejarlo precisamente ahora? ¿Por qué?

En su libro *Fuego y cenizas*, inspiración para cualquier político y modelo para los que tenemos una casi entrañable querencia por el fracaso, Michael Ignatieff explica con inteligencia, sinceridad y gracia la importancia de dar una respuesta correcta a ese fundacional «por qué». Y también hasta qué punto ese «por qué» es en realidad un «para quién». Él hace referencia a sus padres y yo también debo hacerlo. En mi despacho cuelga enmarcada una carta que mi padre me envió junto con la autobiografía de la maravillosa Simone Veil, superviviente del Holocausto, madre ministerial del aborto legal en Francia y expresidenta del Parlamento Europeo, a la que conocía y admiraba.

Cayetana querida:

He aquí el relato de una vida que cubre aproximadamente, si no las circunstancias, sí los tiempos y los acontecimientos de la mía. De él extraigo la confirmación de la que siempre ha sido mi convicción: el individuo siempre contará más en el género humano que el colectivo. Y deberíamos dedicarnos a forjar individuos, mal que les pese a los que ansían mayorías, que ya llegarán después.

¿Para cuándo?

Mil grandes besos,

PAPÁ

Forjar individuos antes que ansiar mayorías... Doce años después, aquel «¿Para cuándo?», aquel impaciente y amoroso emplazamiento, recibió una respuesta a su altura.

Ahora, papá, que estás en los cielos, ahora. Había llegado el momento de pisar la sucia arena política con los *stiletto*s de mis ideales. De combatir el colectivismo nacionalista bajo los focos, que ciegan y queman. De defender a los constitucionalistas desamparados por el Estado, con quienes siempre me había identificado, por un sentido beligerante de la justicia y atávico de la libertad.

Mi padre fue, ante todo, un hombre libre. Luchador, carismático, optimista, apasionado, el seductor total. Tenía una curiosidad insaciable y una generosidad exuberante que le blindaban frente a cualquier dogma. Su infancia, entre un castillo perdido en los Abruzzi italianos y un severo internado de Versalles, fue agreste como la vida de entreguerras. Huyó de la Francia ocupada por los alemanes con su madre, una excelente violinista de vanguardias, y con catorce años se instaló en Nueva York, adolescente guardián entre el centeno. Allí se convirtió en un espectador furtivo de las fiestas de Peggy Guggenheim y Max Ernst. En el compañero de aventuras de un promisorio actor llamado Yul Brynner. En el primer amor de Aniouta, la más pequeña de la tribu teatral de los Pitoëff, a la que jamás olvidó. Y en un jovencísimo empleado de La Voix de l'Amérique, la radio de los franceses en el exilio. Su compañero del turno de noche era André Breton, conversador y cascarrabias. A las cinco de la mañana del 6 de junio de 1944, mientras mi padre leía el último boletín de noticias, le entregaron un teletipo urgente: *¡flash!* Con la voz acelerada por la emoción, dio en directo la noticia del desembarco de las fuerzas aliadas en Normandía: «*Nous interrompions notre émission pour une très importante nouvelle, des Forces alliées ont débarqué en France. Nous repetons, des Forces alliées...*». Unos meses después, cumplidos los dieciocho años, él también cruzó el Atlántico a bordo de un buque de guerra –el *General Gordon*– para combatir el nazismo. Eran seis mil soldados: la mayoría americanos y un pequeño contingente de franceses. El

océano. La angustia. El aburrimiento. Largas horas de cola en la cubierta para comer. Y el recuerdo de su viaje de ida a América: aquella piña que un compañero del camarote colgó del techo del camarote y que se bamboleaba con el oleaje, redoblando el mareo. Lo destinaron a Casablanca, tiempo muerto y preámbulo de la posguerra y la penuria. Consiguió trabajo en una naviera medio quebrada con sede en Róterdam y la reflató a base de trabajo y talento, trabajo y talento, hasta amasar una fortuna, que repartió entre amores, hijos, amigos y proyectos, algunos de estos últimos heridos por su idealismo. Tenía un sentido del humor travieso e irónico, a lo *New Yorker*, un buen gusto infalible para la pintura, una generosidad a prueba de infinitas decepciones y los ojos tan azules como el mar de Marsella donde esparcimos sus cenizas. Era un conversador fértil, un polemista formidable, un explorador de la vida, un individuo sin prejuicios ni fronteras y un adversario natural de la identidad. En todo quise ser como él y contra la identidad el azar me ayudó.

Fui apátrida hasta los dieciocho años, argentina hasta los veinticuatro, franco-argentina hasta los treinta y dos y ahora soy técnicamente hispano-franco-argentina. Mezcla rara, como dice el tango. Mi madre era una niña bien de la Recoleta, rebelde, progre, libérrima y lectora, a la que las contracciones del parto sorprendieron en Medinaceli, un pueblo metafísico de la provincia de Soria, donde ella y su primera pareja, el pintor Rómulo Macció, tenían una vieja posada convertida en casa y atelier. Nací ochomesina en el limbo que separa el *ius soli* del *ius sanguinis*: ni argentina ni española. Y además sin padre oficial. En el Registro Civil de Madrid me inscribieron como «Cayetana Peralta Ramos. Sexo: Hembra. Padre: A efectos identificatorios, Rómulo». De vuelta en Buenos Aires, después de un engorroso trámite administrativo dilatado por motivos sentimentales, mi padre logró el reconocimiento de filiación. Yo tenía casi tres años. Vestida de marinerita, tomando un

helado de dulce de leche, recibí la noticia en la voz alegre de mi madre: «A partir de ahora tu apellido será Álvarez de Toledo». Al parecer, olvidé por un instante el helado, abrí mucho los ojos y protesté: «¡Ah no, yo no puedo decir eso, es muy difícil!».

Por fin tenía padre, pero tardé en tener patria. A papá esta circunstancia le hacía una gracia infinita y para provocarme me llamaba *Res Nullius*, «cosa de nadie». Así crecí, sin el peso de una pertenencia nacional, entre las ardillas del barrio londinense de Hampstead y los carpinchos de la provincia gaucha de Entre Ríos, hasta que a los dieciocho años obtuve mi primera nacionalidad: argentina. El colegio Northlands, el Munich de la Recoleta, los locatellis de pavita, la Vuelta de Rocha, el Club Alemán de Equitación, los Redonditos de Ricota y La Gata Varela... Salir al alba con Don Pelele a mover los novillos de un potrero a otro, marcar los terneros, capar a cuchillo, volver con la luna junto al río quieto, el caballo cansado, el cuerpo también... Las callecitas de Buenos Aires y, sobre todo, los recuerdos del campo todavía me producen intensos arrebatos de nostalgia, quizá porque los abandoné muy pronto para regresar a Inglaterra. En Oxford me vacuné contra el adanismo, me hice adulta y descubrí el liberalismo y la responsabilidad, que son lo mismo. Coincidiendo con mi graduación, mi padre me legó su ciudadanía francesa y con ella un mandato de luces: libertad, igualdad y fraternidad. En París, en una elegante planta baja del número 55 de la Rue de Verneuil, entre Bonnards y Bacons, De Chiricos y Degas, gocé de muchos inviernos refinados y por momentos solitarios. Papá pasaba horas fuera de casa y yo jugaba o leía en la veranda. Pero entonces venía a recogerme y se abría el cielo. Íbamos a los grandes museos y a las últimas exposiciones, a los jardines de Luxemburgo y a la Place des Vosges, por la tarde a la enésima *reprise* de una película de Chaplin o de los Hermanos Marx, y luego a cenar a la Brasserie Lipp o a un pequeño italiano del barrio: es-